



Grupo Temático N° 8: Procesos de inserción ocupacional y trayectorias laborales

Coordinadores: Ana Miranda y Pablo Pérez

La inestabilidad laboral y sus alcances: vivencias de jóvenes argentinos en torno al trabajo

Autora: Mariana Busso

E – mails: mbusso@ceil-conicet.gov.ar; marianabusso@yahoo.com

Pertenencia institucional: CEIL del CONICET y FaHCE-UNLP

Introducción

La inestabilidad laboral ha sido una problemática del mercado de trabajo ampliamente abordada desde las ciencias sociales, a partir de distintas aristas y múltiples categorías. Uno de los abordajes que ha tenido mayor repercusión en el mundo académico es de la precariedad, que entiende a la inestabilidad como una de las características centrales de esta “forma degradada” de la condición salarial (Busso y Bouffartigue, 2010).

La inestabilidad es un factor recurrente en los primeros empleos, siendo el principal factor configurador de la alta tasa de precariedad en el trabajo de los jóvenes. Conceptualmente el trabajo precario se contraponen a lo que usualmente se conoce como “empleos típicos”, caracterizados por una relación asalariada en relación de dependencia, trabajo a tiempo completo de acuerdo a la jornada máxima legal vigente, y por un contrato de duración por tiempo indeterminado que goza de la garantía de estabilidad y está registrado ante la Seguridad Social; lo cual le otorga protección social al trabajador y su familia. Contrariamente, la relación laboral irregular e inestable está caracterizada por contratos por tiempo determinado y/o legalmente desprotegidos, la cual se expresa en la participación intermitente en la actividad laboral (inestabilidad) y en la disolución del modelo de asalariado socialmente vigente (Pok, 1992). De esta

forma, la precariedad del empleo puede ser definida esencialmente por la debilidad de la relación salarial de dependencia, con sus implicancias jurídicas y económicas en materia de estabilidad así como de protección legal y de seguridad social (Neffa, Panigo y Pérez, 2000).

La inestabilidad (y por tanto la precariedad laboral), está asociada a la falta, a *lo que no es*. En ese sentido en las últimas décadas un sinnúmero de estudios sobre trabajo y empleo precario se focalizan en explicitar cuánto se aleja dicha situación de la que presenta la denominada “relación asalariada clásica”. En este artículo, en cambio, nos centraremos en cómo los jóvenes vivencian esta particular, aunque generalizada, forma de inserción laboral. Es decir, el presente artículo se propone comprender las percepciones y vivencias que experimentan jóvenes argentinos en torno al trabajo inestable y precario, analizando los primeros pasos en el mundo del trabajo, como así también comparándolo con lo que perciben y vivencian en el transcurrir de sus trayectorias. Este análisis diacrónico nos ofrecerá algunos elementos para comenzar a dar cuenta de la precarización laboral como factor profundizador de las desigualdades sociales confrontando con la frecuente asociación entre juventud, trabajo precario y pobreza –marginación.

Esta tríada se encuentra muy presente en la bibliografía especializada, y en particular en los informes y publicaciones de organismos internacionales. En ellos es frecuente observar afirmaciones tales como “los jóvenes con inserción laboral precaria son una parte importante de la población en riesgo y enfrentan problemas de adaptación y marginación social” (Weller, 2007: 65).

A riesgo de simplificar una multiplicidad de situaciones, ante la inestabilidad y precariedad laboral característica de las primeras inserciones laborales, observamos por un lado a aquellos que aceptan estas actividades como una decisión propia de una etapa de experimentación y “moratoria social”, y por otro a quienes vivencian este tipo de empleos como la única alternativa, a largo plazo.

Estas disímiles vivencias de la precariedad laboral, inscriptas en distintos orígenes socioeconómicos, se asocian a posibilidades y limitaciones muy heterogéneas. Es decir, los trabajos y empleos precarios configuran escenarios diversos (e incluso antagónicos)



para los jóvenes que ingresan al mercado de trabajo: posibilitan o restringen la posibilidad de articular actividades laborales con distintas situaciones que nos presentan las esferas familiar, educativa, y de ocio, entre otras.

Sin duda, hay diversos factores que intervienen en la decisión de los jóvenes de ingresar al mundo del trabajo. Con otros colegas hemos ahondado en las distintas razones que los jóvenes esgrimen para insertarse en el mercado de trabajo y como estas se van modificando a lo largo de sus trayectorias (Busso, Longo y Pérez, 2014), siendo la dupla “adquirir experiencia - obtener ingresos económicos para subsistencia” los dos polos de un continuum de factores.

En estudios anteriores también hemos demostrado la existencia de factores que restringen o facilitan la posibilidad de articular trabajo y estudios superiores: es mucho más significativa para los jóvenes provenientes de familias con ingresos medios-altos y altos, en comparación con los jóvenes de hogares con escasos recursos socio-económicos (Busso y Pérez, 2015). A pesar que ambos, al ingresar al mercado de trabajo por lo general se insertan en trabajos precarios, observamos que la actividad que efectivamente realizan, amplía o restringe los márgenes de posibilidad para articular trabajo y educación.

El presente estudio se inserta en un proyecto de investigación más amplio¹, y se basa fundamentalmente en el procesamiento del panel longitudinal de datos cualitativos “Trayectorias, disposiciones laborales y temporalidades de jóvenes” del Gran Buenos Aires dirigido por Maria Eugenia Longo. La población entrevistada es un grupo de jóvenes que en el año 2006 se encontraba finalizando su formación (estudios del nivel secundario o de formación profesional) en instituciones de la zona norte del Gran Buenos Aires. Se tomaron en consideración tres sectores de formación (técnico, polimodal y formación profesional), y provenientes de distintos estratos sociales. La primera onda se realizó en 2006 con 422 cuestionarios estandarizados que sirvieron para seleccionar a 85 jóvenes a quienes se le realizaron entrevistas en profundidad. La segunda onda se realizó en octubre de 2008 y fueron vueltos a entrevistar 78 jóvenes, y

¹ Proyecto PICT 2011-2640 “Trayectorias laborales de jóvenes y procesos de entrada en la vida adulta: discontinuidades, reorientaciones y contingencias. Un análisis de factores estructurales y biográficos” bajo la coordinación de Pablo Pérez y Mariana Busso. Financiado por la Agencia Nacional de Promoción científica.

la tercera se desarrolló entre diciembre de 2011 y mayo de 2012, contando con 50 entrevistas. Fueron 40 los jóvenes entrevistados en las tres oportunidades. Las entrevistas realizadas en las tres ondas a estos 40 jóvenes, conformarán el corpus analítico principal de la presente ponencia.

En el presente artículo, en primer lugar presentaremos a la precariedad laboral en tanto realidad constitutiva de los primeros pasos por el mercado de trabajo. En segundo lugar ahondaremos en la percepción que tienen los jóvenes de esos primeros empleos, explicitando la dicotomía entre persistencia y discontinuidad. En tercer lugar analizaremos la realidad de los jóvenes del panel, luego de 5 años de haber realizado la primer entrevista. En este nuevo escenario podremos visualizar la existencia de caminos bifurcados hacia el precariado o la estabilización. Por último explicitaremos en qué sentido la precariedad laboral, al ser una realidad por la que atraviesan jóvenes de distintos orígenes sociales, se constituye como un elemento profundizador de desigualdades sociales.

1) La precariedad laboral: una realidad en los primeros pasos por el mercado de trabajo

Los jóvenes, junto a las mujeres y los sectores más pobres de nuestra sociedad, conforman uno de los grupos más vulnerables del mundo del trabajo. Los ingresantes al mercado laboral se encuentran considerablemente afectados por situaciones de desocupación (Gautié, 2009; Tokman, 2003), alta rotación (Jacinto y Chitarroni, 2009; Rose, 1998) y precariedad laboral (Eckert, 2010; Busso y Pérez, 2010; Pérez, 2008; Paugam, 2000; Lefresne, 2003).

A pesar de la multiplicidad de estudios existentes sobre el ingreso al mundo del trabajo, es posible sostener que la noción más utilizada actualmente para dar cuenta de esta problemática es la que define la inserción profesional como el período mediante el cual un joven alcanza una posición estable en el mercado de trabajo, considerando dicha estabilidad como el fin de la fase de inserción (Lopez, 2005; Vernieres, 1997). Sin



embargo esta visión de la inserción como punto de llegada y estabilización en el empleo, es contrapuesta por otra perspectiva que entiende la “inserción” como un “proceso de socialización”, de articulación de aspectos multidimensionales y no solo laborales (Nicole-Drancourt, 1994). Dicho en otros términos, como la “articulación de lo biográfico y estructural” en un período largo del tiempo (Demaziere, Dubar y otros, 1994).

Retomando elementos de las distintas perspectivas de análisis planteadas, entendemos la inserción de los jóvenes como un proceso largo y complejo, que para su interpretación necesita recurrir a una mirada longitudinal (Busso y Perez, 2014, Busso, Longo y Pérez, 2014). Los límites de este proceso estarían dados por el período comprendido entre las primeras experiencias laborales que vivencia un sujeto, hasta el momento en el cual el sujeto percibe que el tipo de actividad laboral que desarrolla (y no necesariamente el puesto actual), será invariable en el largo plazo. Es decir, el momento en el cual el sujeto se reconoce como actor del mundo del trabajo, identificando su lugar en él. Durante el proceso de inserción los jóvenes van experimentando, probando distintos tipos de trabajos y empleos, entrando y saliendo del mercado de trabajo, o asumiendo (o resignando) rápidamente lo que consideran será su función en el mundo del trabajo.

Este período de búsqueda o acomodamiento al mercado de trabajo ha dado lugar a diversas interpretaciones. Un supuesto muy aceptado principalmente en las ciencias económicas, es que los jóvenes realizan sus primeras experiencias en el mercado laboral desconociendo la naturaleza de los puestos disponibles, y su afinidad por ellos, por lo que intentan buscar el empleo que se adapte de mejor forma a sus capacidades y expectativas. Para ello estarían dispuestos a cambiar voluntariamente de empleo hasta encontrar “su lugar”, generando una mayor rotación en sus inserciones, y, por tanto, mayores índices de inestabilidad laboral.

Es en este sentido que algunos autores sostienen que la mayor inestabilidad de los empleos de los jóvenes es parte de una trayectoria que luego valorizará esas experiencias (Mansuy y Thireau, 2003). Las teorías económicas del *jobmatching* (Jovanovic, 1979) y *job shopping* (Johnson, 1978) también apuntan en este sentido, buscando responder las causas de la rotación e inestabilidad laboral características de

los jóvenes trabajadores. Para estas teorías, las empresas y los jóvenes a través de experimentar distintos puestos de trabajo, van buscando correspondencias entre “puesto y trabajador”. Estas perspectivas, como veremos luego, pierden de vista que esta situación no es vivenciada por todos los jóvenes, sino que es un grupo reducido de ellos quienes tienen la posibilidad de hacerlo.

Una perspectiva que intentó dar cuenta de distintas percepciones y estrategias detrás de un tipo de trabajo precario en particular, como es el trabajo informal, fue la teoría del escape y la exclusión, que busca explicar distintas lógicas de la informalidad laboral en América Latina y el Caribe. A pesar que se trata de fenómenos conceptualmente distintos (Busso y Bouffartigue, 2010), sabemos que el trabajo informal es por definición precario (aunque no todo trabajo precario es informal). En un estudio titulado “Informalidad: escape y exclusión” realizado por Perry y otros (2008) para el Banco Mundial, los autores sostienen que el desempeño de actividades informales puede deberse a una estrategia de escape de los actores, es decir, una estrategia voluntaria, ya sea como evasión oportunista, defensiva o por irrelevancia del Estado. Sin embargo, las actividades informales también pueden deberse a una estrategia de exclusión, debido a la segmentación del mercado de trabajo, a las regulaciones onerosas que impiden que las empresas se formalicen o a prácticas de contratación de las empresas en respuesta a los impuestos excesivos y la carga reglamentaria (Chen, 2012).

Nuestra perspectiva de la precariedad, lejos de acercarse a los planteos del Banco Mundial para explicar la informalidad, busca dar cuenta de distintas percepciones del trabajo precario, que se van modificando a lo largo de los años y de acuerdo al origen socioeconómico de los jóvenes, y que conllevan un efecto multiplicador de desigualdades sociales que se esconde detrás de la llamada precariedad laboral. El desempeñar actividades laborales precarias no se debe a decisiones o estrategias individuales, sino a condiciones reales de existencia, y a los márgenes de posibilidad que estas generan, configurando acciones “razonables” (Bourdieu, 1995).

En Argentina, la intermitencia e inestabilidad de las actividades laborales de los jóvenes han sido problematizadas por autores como Gallart (2002), Longo y otros (2014) y

Jacinto y Chitarroni (2009). Los jóvenes son un grupo etario que se encuentra sobrerrepresentado entre los trabajadores precarios o inestables.

En Argentina, es significativamente elevado el porcentaje de asalariados que declaran empleos sin fecha de finalización (EDI). Este porcentaje es relativamente bajo para los jóvenes con relación a los adultos, y dicho porcentaje va aumentando con la edad (Longo y otros, 2014). Esto nos estaría indicando mayor cantidad de jóvenes que sostienen que su actividad laboral es a término.

2) La percepción de los primeros empleos: entre la persistencia y la discontinuidad

En un trabajo anterior observamos que inserciones laborales precarias, con similares condiciones de contratación para todos los grupos de jóvenes, con el correr de los años se ven transmutadas para algunos de ellos (Busso, Longo y Pérez, 2014). Es decir, a pesar que las características legales de los primeros empleos son muy similares, luego se observa una diferenciación que se expresa en la bifurcación entre trayectorias hacia la profesionalización - estabilización laboral, o hacia el ingreso a lo que Robert Castel denominó “precariado” (Castel, 1997). *“En efecto, ya no se puede considerar la precariedad solamente como una situación transitoria, un momento más o menos penoso para atravesar a la espera del ‘empleo duradero’. Uno puede instalarse en la precariedad” (Castel, 2010: 330)*

Ahora bien, al analizar las percepciones que tienen los jóvenes de sus inserciones al momento de finalizar la escuela media, observamos que en la primer entrevista, casi la mitad de los jóvenes del panel que fueron entrevistados en las tres ondas (19 de los 40) se consideraban inestables (con empleos discontinuos), es decir, que las actividades laborales que emprendían en ese momento eran vislumbradas como temporales o a corto plazo. Solo 7 jóvenes vislumbraban su situación laboral como permanente a mediano plazo o a largo plazo, mientras que los 14 restantes se encontraban inactivos en la primera entrevista.

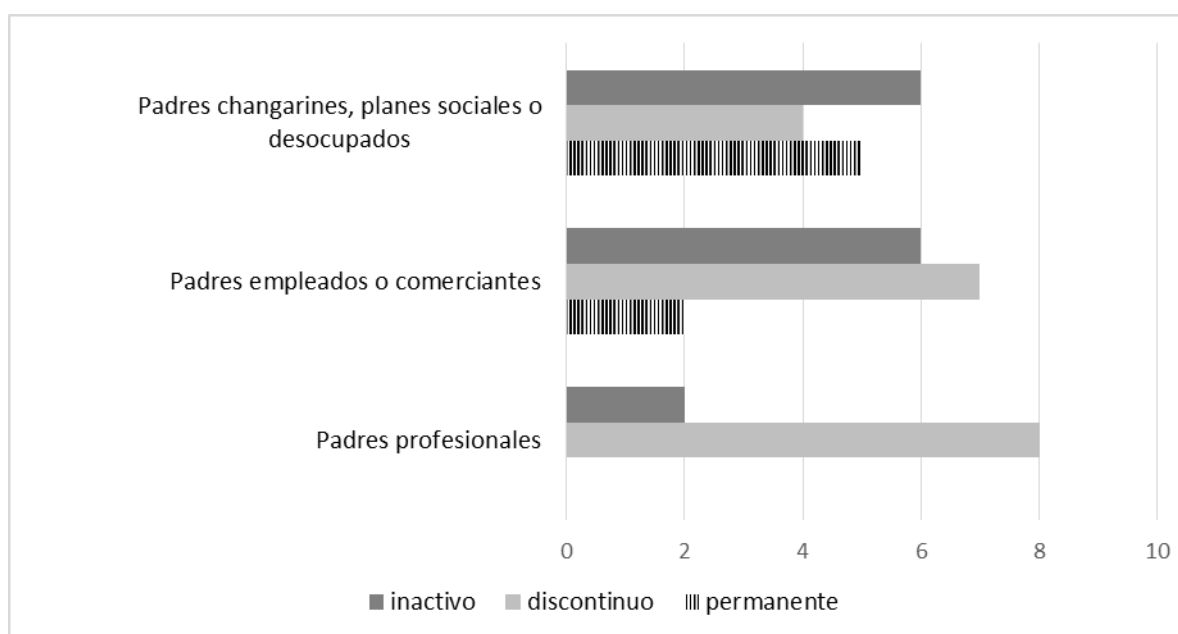
Utilizaremos los vocablos permanente y discontinuo para dar cuenta de las percepciones de los jóvenes en relación con sus empleos, para no generar confusiones con las condiciones reales de contratación. En todos los casos se tratan de empleos legalmente inestables, pero en reiteradas ocasiones los jóvenes entienden que conservarán esa inserción en el largo plazo, por lo que en esas situaciones la denominaremos “permanente”. Es decir, como decía Castel *“Hablar de precariedad permanente, de empleo temporario permanente, de inestabilidad permanente, no es hacer juegos de palabras [...] la precariedad puede convertirse en un estado, un estrato permanente de la división del trabajo”* (Castel, 2010: 330).

Al indagar la temporalidad o inestabilidad de sus actividades laborales observamos que, tal como indican estudios previos, los tipos de empleos a los que acceden los jóvenes son legalmente similares, es decir, mayoritariamente desarrollan empleos precarios (en negro, inestables, sin derechos y seguros sociales) (Pérez y Busso, 2014; Longo y otros, 2014). Sin embargo, distintas variables nos permiten discernir situaciones bien diversas: sector de actividad, carga horaria, esfuerzo físico y mental, pero también relación con el empleador. Este último factor pocas veces es considerado en los estudios sobre el empleo de jóvenes (es más habitual en investigaciones sobre trabajo infantil), pero refiere a la existencia de distintos tipos de relación con el empleador; es decir, si se trata de relaciones laborales en el marco de vínculos familiares, o con personas ajenas a la trama familiar o de amistad. Tomar en consideración esta variable nos permite realizar una primera diferenciación relevante: mientras los jóvenes de mejor posición económica por lo general desempeñan pequeños trabajos realizados para un miembro de su propia familia (“changas familiares”) o alguien cercano al círculo familiar, aquellos de menores recursos desarrollan actividades laborales para empleadores desconocidos.

Fabián, Sandra, Tobías, Ignacio, Felipe y Facundo, son jóvenes con padres profesionales, que en la primera onda de entrevistas desarrollaban pequeñas actividades laborales para algún conocido o miembro de su familia. Mientras que Simón, José, Matías, Gustavo y Jeremías, provenientes de familias con menores recursos, ya en la primera onda habían tenido diversos empleos en negro.

A pesar de ello, en términos contractuales, todos presentan características similares: en la mayoría de los casos, inexistencia de contrato, ausencia de aportes a la seguridad social y vacaciones pagas. Ahora bien, si el dato en relación a la percepción del empleo (permanente- discontinuo), lo analizamos a la luz de la actividad laboral que desarrollan sus padres, observamos que es plausible identificar mayor cantidad de casos de inserciones percibidas como “permanentes” en jóvenes con menores recursos socioeconómicos. Es decir aquellos jóvenes que se desempeñan laboralmente realizando changas para terceros (desconocidos), cuyos padres se encuentran en peores condiciones en el mercado de trabajo, o poseen un plan social, sostienen con mayor frecuencia que su actual situación laboral será “permanente”. Esto nos está indicando que estos jóvenes perciben que las posibilidades de cambiar de tipo de actividad laboral (y no así de puesto), es escasa o nula.

Gráfico 1: Autopercepción de la inserción laboral según actividad laboral de los padres –Jóvenes de 17 a 19 años, Año 2006 (onda 1)-



Fuente: Elaboración propia.

Panel longitudinal “Trayectorias, disposiciones laborales y temporalidades de jóvenes”

Es notable como en la primera onda de entrevistas, momento en el cual la mayoría de los jóvenes del panel tienen entre 17 y 19 años, ninguno de los que provienen de familias con padres profesionales sostiene que su actividad laboral actual es permanente, es decir, será perpetuada en el tiempo. Entre ellos prima la idea que su trabajo actual es transitorio, o “inestable”. Este es el caso de Fabián, Sandra, Tobías, Ignacio, Felipe y Facundo, jóvenes que como comentamos, en la primer onda realizaban “changas familiares”. Sin embargo, identificamos los casos de Mercedes, Nadia, Yanina, Guillermina y Maria, quienes procediendo de las familias más pobres del panel ya en la primera entrevista sostenían que el puesto de empleado que habían obtenido sería el tipo de empleo que tendrían en el devenir de sus trayectorias laborales.

Las inserciones laborales son autopercebidas por los jóvenes tomando en consideración sus expectativas “razonables” en términos de Bourdieu (1995). La inserción laboral de sus vínculos cercanos (padres, hermanos, amigos), se constituyen en parámetros de comparación. Y es así como, al ver lo que sucede cinco años después de la primer entrevista, nos encontramos efectivamente con inserciones disímiles.

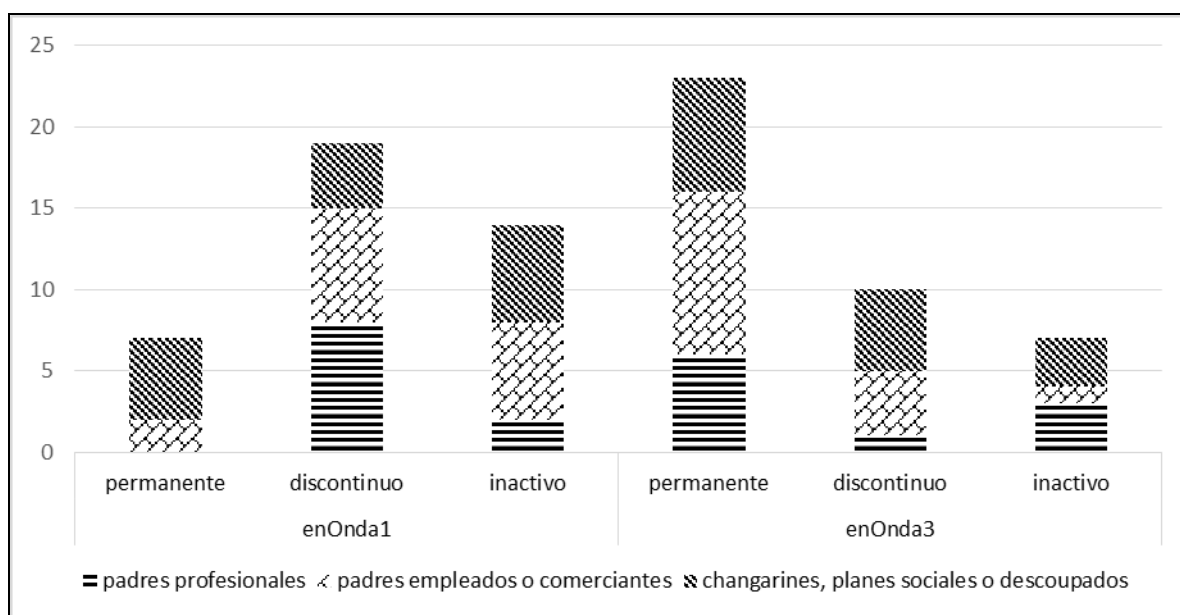
3) La realidad 5 años después: caminos bifurcados hacia el precariado o la estabilización

Al analizar las entrevistas realizadas en la tercer onda, es decir, 5 años después de la primer entrevista y teniendo la mayoría de los jóvenes entre 22 y 24 años, arribamos a un primer dato esperable: se incrementa la cantidad de inserciones laborales percibidas como “permanentes”, disminuyendo la cantidad de actividades “discontinuas” y de inactivos (ver gráfico 2). Para poder analizar esta situación debemos tomar en cuenta no solo el origen socioeconómico de las familias, sino también, la inserción que poseen en ese momento.

Si indagamos dicho escenario a la luz del origen social, observamos en los jóvenes provenientes de familias con más recursos socioeconómicos, un relevante incremento de la percepción acerca del carácter permanente de la actividad laboral que realizan en ese momento de sus vidas. Dicha percepción se condice con un cambio en las condiciones reales de trabajo. Al indagar en sus trayectorias, observamos que en los cinco años

transcurridos desde la primera entrevista han cambiado de puesto de trabajo, obteniendo generalmente un empleo en relación a sus estudios. En este caso la imbricación de trayectorias educativas y laborales aparece como el elemento central en la explicación de la previsible perpetuación de su actual inserción laboral.

Gráfico 2: Actividad laboral de los padres según autopercepción de la inserción laboral –años 2006 (onda 1) y 2011 (onda 3)-



Fuente: Elaboración propia.
 Panel longitudinal “Trayectorias, disposiciones laborales y temporalidades de jóvenes”

A modo de ejemplo, y a partir del análisis cualitativo de las entrevistas en profundidad, señalaremos la trayectoria de algunos jóvenes cuya situación nos resulta paradigmática.

Sandra es una de las jóvenes proveniente de familia con padres profesionales que al finalizar el secundario se encontraba realizando breves actividades laborales, junto a familiares. Una de sus primeras actividades laborales fue junto a su padre, preparando los regalos de fin de año para los empleados del banco donde él trabajaba, y a su vez colaboró en distintas actividades en la empresa de catering de su tía. Ambas actividades son las que hemos denominado “changas familiares”, las cuales tienen la particularidad que, a pesar de ser empleos en negro, de duración determinada, desprotegidos desde el

sistema de la seguridad social, e identificados por un grupo de jóvenes como un empleo “inestable”, se trata de una actividad sumamente “protegida” y resguardada al calor de sus vínculos familiares. Cinco años después encontramos a Sandra en una situación diferente. Desde la segunda entrevista ella se desempeña como preceptora de inglés en un colegio privado en condiciones ventajosas en todos los sentidos –estabilidad, seguridad, salario, horarios, vacaciones -, situación en la que permanece. En ese contexto la joven reorienta sus proyectos de estudio y formación y en lugar de hotelería u organización de eventos (tal como preveía al finalizar el secundario), piensa estudiar profesorado de inglés para poder permanecer en dicho empleo.

Por su parte, Gabriel, hijo de Ingeniero mecánico y contadora pública, al final del secundario se encontraba inactivo, preocupado en elegir una carrera universitaria para proseguir sus estudios. Al avanzar en su formación en Recursos Humanos ingresa a trabajar en la escuela secundaria donde estudió, desempeñándose como preceptor, a lo que luego le agregó el dictado de un taller de “procesos tecnológicos” en dicha escuela técnica. En la tercer onda afirma: “La verdad que me gusta mucho (este trabajo), había pensado en un futuro no dejar este trabajo del todo, quizás sí acortar la cantidad de horas de trabajo, si el trabajo me lo permite y por ahí sí empezar a trabajar más en la parte de recursos humanos pero sin dejar del todo esto, por una cuestión de gustos”. En este caso, la “estabilidad” atribuida a la actividad laboral desempeñada, no se encuentra asociada a su estudio sino a un hobby o gusto que desarrolla desde hace ya varios años.

Darío, que proviene de una familia de padres empleados, comenta en la primera entrevista que su ambición era estudiar periodismo, proyecto que nunca concreta, y empezar a trabajar “de cualquier cosa”. En la segunda serie de entrevista el joven desea estudiar farmacia, para perfeccionarse en el trabajo que obtuvo. Finalmente en la tercera serie de entrevistas el joven continúa trabajando de empleado en farmacia. Con un mejor puesto laboral, de encargado, ha comenzado a estudiar Recursos Humanos, por la valorización que realiza de su empleo actual y por las posibilidades que según él le brindará la obtención de dicho título para continuar mejorando su participación en el mercado de trabajo.

Maria, en cambio, es una joven que proviene de una familia con escasos recursos socioeconómicos: su madre cuida ancianos, y su padre ha atravesado recurrentes periodos de desocupación, teniendo como ocupación la cría animales. Antes de finalizar el colegio secundario la joven accedió a un puesto de empleada en una fábrica de pastas. A pesar de tener como proyecto realizar estudios de agronomía, prevé desempeñarse como empleada en los años venideros. Cinco años después encontramos a Maria en una situación similar, aunque su puesto se ha modificado. Continúa desempeñándose como empleada, pero en este caso como recepcionista en un sanatorio privado. La necesidad de garantizar ingresos económicos para su subsistencia, es decir, establecer como prioritario el salario por sobre otros factores asociados al trabajo, ha sido uno de los factores que propiciaron el hacer corresponder sus expectativas laborales con sus posibilidades reales de inserción y no con su proyecto futuro de realizar una carrera universitaria.

Sin embargo, también identificamos jóvenes que con el correr de los años persisten en la idea que los puestos que han obtenido hasta el momento, no se corresponden al lugar que desean ocupar en el mercado de trabajo. Este es el caso de Santiago, quien a lo largo de los años persiste en una situación laboral discontinua. Proviene de una familia de profesionales, y a los 13 años realizó su primer trabajo, colaborando en una empresa familiar. Luego de obtener el título de licenciado en administración de empresas en una universidad privada, y de haber viajado y trabajado en distintos lugares del mundo, realiza tareas de analista financiero contratado temporariamente por grandes empresas para el desarrollo de demandas puntuales. Sin embargo esta actividad es para él una ocupación transitoria, ya que su objetivo es lograr un emprendimiento comercial propio: *“me gustaría a futuro un negocio propio”*.

Un caso diferente es el de Noel, una joven proveniente de un hogar humilde, su madre ama de casa y su papá es beneficiario de un plan social. Es la única en su familia que finalizó estudios secundarios, sin embargo, como todos, trabaja desde muy joven. Sus primeros empleos fueron de niñera, promotora y empleada de un kiosco. En la tercera entrevista Noel continúa en una situación que ella considera transitoria e inestable, ya



que es parte de una cooperativa del Programa estatal “Argentina trabaja” y su objetivo continúa siendo finalizar el profesorado en biología, para poder conseguir un empleo como Profesora de nivel medio. Pese a su objetivo, y sus esfuerzos, al momento de la tercera entrevista la joven había abandonado (en principio transitoriamente), los estudios, por haber sido mamá. Teniendo en cuenta la historia y la situación familiar, como los recursos con los que cuenta y su situación actual, entendemos que le será muy difícil cumplimentar su proyecto de finalización del profesorado y obtener un empleo como profesora de biología de escuela secundaria.

En las trayectorias de jóvenes con mayores recursos socioeconómicos, observamos que estos generalmente obtienen sus primeros empleos ligados a sus vínculos familiares (cuidado de primos, ayudar al padre o la madre en un empleo, colaborar con tío en un negocio familiar, etc). Estas primeras inserciones, sumamente precarias en términos contractuales, suponen primeras experiencias de trabajo, resguardadas o contenidas familiarmente. Dadas las expectativas que los jóvenes construyen sobre sus futuras inserciones en el mercado de trabajo sostienen que se trata de actividades perecederas, discontinuas. Sin embargo, con el correr de los años estos jóvenes comienzan a acceder a empleos vinculados con sus trayectorias educativas, a sus proyectos de finalización de estudios superiores. Es entonces donde comienzan a disminuirse las brechas entre expectativas laborales e inserción en el mercado de trabajo. Esto conlleva, por tanto, a procesos de inserción más extensos o dilatados, en relación a la de los jóvenes con menores recursos. Procesos, entonces, que radicalizan trayectorias disímiles, profundizando desigualdades sociales.

4) Implicancias de la precariedad

Ingresar al mundo del trabajo a través de empleos precarios no pareciera ser la excepción de algunos jóvenes, sino la forma más extendida desde al menos 3 décadas, tanto en nuestro país, como en otros lugares del mundo (Sennet, 2000). Los primeros pasos en el mercado laboral ha sido un tema ampliamente estudiado y discutido, tanto desde la sociología como desde la economía. La incorporación de experiencia, el obtener ingresos económicos, ya sea para la subsistencia como para gastos personales,

son las principales razones que expresan al consultarles la razón de sus incorporaciones a la vida activa.

Sin embargo, al ingresar a la población económicamente activa, y particularmente al colectivo de trabajadores “ocupados”, la heterogeneidad de situaciones se esconde tras la expresión “precariedad laboral de los jóvenes”. Pero como hemos afirmado en trabajos anteriores, el hecho de tratarse de empleos precarios presenta escenarios radicalmente distintos, si se toma en consideración el origen socioeconómico de los ingresantes al mercado de trabajo. En ese sentido, en el caso argentino, el análisis de los datos agregados nos indican que para los jóvenes egresados del nivel secundario, es más frecuente que los jóvenes de estrato alto y medio combinen trabajo y estudio, en relación a aquellos de sectores más desfavorecidos (Busso y Perez, 2015). Esto nos estaría indicando que el hecho de desarrollar ambas actividades al mismo tiempo no se debería exclusivamente a una necesidad económica, sino que estaría condicionada por las características de los empleos a los que acceden los jóvenes. A pesar que mayoritariamente los empleos juveniles son precarios, son heterogéneos en términos de intensidad del trabajo, de duración horaria, de naturaleza de la función ejercida, en su relación con los estudios, etc.

Usualmente considerado como un medio para financiar los estudios, para complementar ingresos familiares o bien para solventar gastos personales, trabajar a la vez que se está estudiando también ofrece a los jóvenes la oportunidad de una experiencia laboral. Aunque esta experiencia no siempre está relacionada con la propia formación, ella conlleva aprendizajes integrativos (Vincens, 1999) como puntualidad, adaptabilidad, disciplina, trabajo en equipo, muy valorada por los empresarios al momento de las contrataciones. La vinculación con la propia educación favorece la articulación entre trabajo y estudios superiores, como así también les aporta experiencia profesional.

A pesar que no todos los jóvenes del panel que hemos analizado logran articular trabajo y estudio, es llamativo que todos hacen explícita su voluntad de realizar una formación pos-secundaria. Aunque en un primer momento casi todos expresan su proyecto de realizar una carrera universitaria, luego vemos como muchos de ellos modifican su proyecto inicial para inscribirse en una pequeña universidad privada del conurbano o



instituto terciario (más cercanos a sus domicilios). Sin embargo también observamos un grupo reducido que luego de tener la intención de acceder a estudios universitario realiza algún curso de perfeccionamiento (organización de eventos, cursos de magia, etc). Esta expresa voluntad por perfeccionarse está asociada en el discurso de los jóvenes a su percepción respecto a las exigencias impuestas por el mercado de trabajo para poder acceder a lo que consideran un buen empleo.

Identificamos claramente en el relato de los jóvenes de sectores con menores recursos las dificultades que señalan como obstáculos para poder trabajar y estudiar paralelamente. La cantidad de horas, el esfuerzo físico y la desvinculación con lo que quisieran estudiar son sin duda elementos centrales de la explicación. Por su parte, la inestabilidad y precariedad laboral *per se* al ser características de los primeros empleos de los jóvenes de todos los estratos sociales no parecieran actuar como obstáculos en ese sentido.

Los datos longitudinales y cualitativos, nos permitieron comprender el dato llamativo que habíamos obtenido a partir del procesamiento de datos cuantitativos y agregados para el conjunto de jóvenes argentinos egresados del nivel secundario (Busso y Pérez, 2015). No se trata entonces que los más pobres no se propongan combinar trabajo y estudios. No solo vemos que este proyecto es postulado como ideal por la mayoría de los jóvenes más pobres, sino también observamos que por momentos breves logran hacerlo, ya sea paralelamente, ya sea en forma alternada. Por su parte, los jóvenes de mayores recursos económicos, presentan mejores condiciones para elegir el trabajo al que acceden, teniendo en cuenta cantidad de horas, esfuerzo físico y mental, y fundamentalmente para quienes trabajan (relación con su empleador) y vinculación con sus estudios. Es así como el combinar trabajo y estudios parece ser una opción, o más bien un privilegio, de jóvenes de sectores de altos ingresos, quienes también ingresan al mercado de trabajo a través de inserciones precarias, pero con cargas horarias, esfuerzos físicos, y, principalmente, cercanía con el empleador, que dan lugar a espacios de libertad que posibilitan (entre otras cosas) trabajar y estudiar.

5) De las vivencias a sus implicancias: la precariedad laboral como profundizadora de desigualdades sociales

En esta ponencia presentamos algunos elementos que nos permitieron dar cuenta de distintas percepciones y vivencias del trabajo precario, y por tanto, del hecho que la precariedad laboral adquiere diferentes implicancias y connotaciones, ampliando o restringiendo los márgenes de posibilidad de los jóvenes y profundizando las desigualdades sociales. Frente a la teoría del escape y la exclusión que, como dijimos, sostiene que una forma precaria de inserción laboral (como lo es el trabajo informal) responde a una decisión voluntaria o involuntaria de los sujetos, observamos que el trabajo inestable presenta distintas lógicas para cada grupo de jóvenes, pero debido a condicionamientos estructurales, y generando consecuencias macrosociales, como la profundización de las desigualdades sociales. Este planteo nos aleja de los argumentos esgrimidos en el documento del Banco Mundial para el caso del trabajo informal.

La precariedad laboral se presenta como caminos de oportunidades bien diferenciados para jóvenes de distintos orígenes socio económicos. Para unos implica los primeros pasos por lo que será su trayectoria futura de inestabilidades y exclusiones en el mercado de trabajo -el denominado “precariado” (Castel, 1997), como así también en todos los órdenes de su vida social. Para otros, en cambio, supone un espacio de desarrollo personal y experimentación en el mercado de trabajo, que es posible gracias a la contención, seguridades y protecciones que provienen de otras esferas de la vida, y en particular de sus vínculos familiares y de amistad.

El desarrollar trabajos precarios pero protegidos y contenidos por sus vínculos, otorga flexibilidad en el desempeño laboral y genera condiciones estructurales que facilitan a los jóvenes de mayores ingresos articular educación y trabajo, es decir, desarrollar estudios superiores en paralelo al desempeño de algún tipo de actividad laboral. Esto es imposible de sostener para los jóvenes de menores recursos, quienes se insertan en el mercado de trabajo en las actividades con mayor carga horaria, mayor esfuerzo físico, y con menores posibilidades de protección o contención proveniente de otras esferas de la vida. Este tipo de inserción laboral restringe la posibilidad de acceder a estudios superiores y de sortear dichas condiciones laborales adversas.

Las condiciones de precariedad del mundo del trabajo, entonces, lejos de ser una realidad que concierne exclusivamente a jóvenes en situación de riesgo y que enfrentan problemas de adaptación y marginación social, como nos decía el informe del Banco Mundial, atañe a jóvenes de distintos sectores sociales, y profundiza y acelera la desigualdad social entre ellos, generando oportunidades diferenciales. Esto nos plantea múltiples desafíos a quienes hacemos ciencias sociales. Será nuestra tarea elucubrar dispositivos a aplicarse a través de instituciones de educación superior, y de políticas sociales y de empleo, a fin de disuadir este efecto profundizador de las desigualdades sociales que esconden los primeros empleos de nuestros jóvenes.

Referencias bibliográficas:

- Bourdieu, Pierre (1995). *El sentido práctico*. Taurus. Madrid
- Busso, Mariana y Paul Bouffartigue (2010). “¿Más allá de la “precariedad” y la “informalidad”? Aportes para el debate desde una perspectiva comparada.”, en Del Bono, Andrea y Germàn Quaranta (comps), *Convivir con la incertidumbre: aproximaciones a la flexibilización y precarización del trabajo en la Argentina*. Ciccus, Buenos Aires.
- Busso, Mariana y Pablo Pérez (2014). “Introducción” en Pérez, Pablo y Mariana Busso (coords.) *Tiempos contingentes. Inserción laboral de jóvenes en la Argentina post-neoliberal*. Editorial Miño y Dávila, Buenos Aires.
- Busso, Mariana y Pablo Perez (2015). “Combinar trabajo y estudios superiores ¿Un privilegio de jóvenes de sectores de altos ingresos?”. *Población & Sociedad*, Vol. 22 (1), 2015.
- Busso, Mariana y Pablo Pérez (coord.)(2010). *La corrosión del trabajo. Estudios sobre informalidad y precariedad laboral*. Miño y Dávila / CEIL-PIETTE del CONICET, Buenos Aires.
- Busso, Mariana, Longo, M. E., & Pérez, P. (2014). “La estabilidad-inestabilidad laboral de jóvenes argentinos desde una perspectiva interdisciplinaria y longitudinal”. *Cuadernos de Economía*, 33(63)
- Castel, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Castel, Robert (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. FCE, Buenos Aires.

- Chen, M.A. (2012). *La economía informal: definiciones, teorías y políticas*. Documento de Trabajo de WIEGO No 1. WIEGO.
- Demaziere, D., Dubar, C. y otros (1994). « La insertion professionnelle des jeunes de bas niveau scolaire », París, Cereq: *Documents synthese*, nro. 91.
- Eckert, Henri (2010). « Précarité » dites-vous ? », en *SociologieS* [En ligne], Débats, La précarité, mis en ligne le 27 septembre 2010, consulté le 11 octobre 2013. URL : <http://sociologies.revues.org/3285>
- Gallart, M. Antonia (2002). *Veinte años de educación y trabajo*. Cinterfor, Montevideo.
- Gautié Jerome (2009). *Le Chômage*, Paris, La Découverte.
- Jacinto, Claudia y Chitarroni, H. (2009). “Precariedades, rotación y acumulación en las trayectorias laborales juveniles”. Ponencia presentada en el 9 Congreso de Estudios del Trabajo.
- Johnson, W. (1978). “A theory of Job Shopping. The Quarterly Journal of Economics”. *MIT Press*, vol. 92(2), 261-278.
- Jovanovic, B. (1979). “Job-matching and the theory of Turnover”, *Journal of Political Economy*, 87, 972-990.
- Lefresne, Florence (2003), *Les jeunes et l'emploi*, Paris, La découverte.
- Longo, María Eugenia, Pablo Ernesto Pérez, Mariana Busso et Claire Bidart (2014). « Jeunes argentins et français: en quête de quelle stabilité-instabilité professionnelle? » en Bouffartigue P., Busso M., Supervielle M. (Eds), *Informalité, précarité : Regards Nord/Sud sur le Travail, la Jeunesse et les migrations à l'heure de la mondialisation*. Ediciones IHEAL, Paris
- Lopez, A. (2005). “Les modes de stabilisation en emploi en debut de vie active”, en *Economie et statistique*, n° 378-379.
- Mansuy, M. y Thireau, V. (2003). “¿Qué sectores para los principiantes?”. *Calificaciones y Empleo*, No. 36. PIETTE / CEREQ.
- Neffa, Julio César, DemiánPanigo y Pablo Pérez (2000). *Actividad, empleo y desempleo. Conceptos y definiciones*, Asociación Trabajo y Sociedad, CEIL-PIETTE-CONICET, Buenos Aires.
- Nicole-Drancourt, C. (1994). « Mesurer l'insertion professionnelle ». En *Revue Française de sociologie*, XXXV.
- Paugam, Serge (2000). *Le salarié de la précarité*, Paris, PUF.
- Perez, Pablo (2008). *La inserción ocupacional de los jóvenes en un contexto de desempleo masivo. El caso argentino entre 1995 y 2003*, Buenos Aires Miño y Davila Editores/Ceil-Piette CONICET.
- Pérez, Pablo y Mariana Busso (coords.) (2014). *Tiempos contingentes. Inserción laboral de jóvenes en la Argentina post-neoliberal*. Editorial Miño y Dávila, Buenos Aires. ISBN 978-84-15295-72-3.



- Perry, Guillermo et al. (2008). *Informalidad: escape y exclusión*, Washington, D.C.: Banco Mundial.
- Pok, Cynthia (1992). “Precariedad laboral: personificaciones sociales en la frontera de la estructura del empleo”; *Documento de trabajo Nro.29; 1992*, Centro de Estudios e Investigaciones Laborales, Buenos Aires.
- Rose, Jose (1998). *Les jeunes face à l'emploi*, Paris, Desclée de Brouwer.
- Sennet, Richard (2000). *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama
- Tokman, Victor (2003). *Desempleo juvenil en el Cono Sur. Causas, consecuencias y políticas*, Fundación F. Ebert.
- Vernieres, Michel (1997). *L'insertion professionnelle, analyse et débats*. Paris, Economica.
- Vincens, J. (1999). « Sens et rôles de l'expérience professionnelle », in BÉDUWÉ et Allii, *L'expérience Professionnelle des Débutants, Cahier du LIRHE n°5*, pp.17-34.
- Weller, Jürgen (2007). “La inserción laboral de los jóvenes: características, tensiones y desafíos”. *Revista de la CEPAL 9 2 • Agosto 2007*.